

LA CEPEDA, CAPITAL ASTORGA

AMANDO ÁLVAREZ CABEZA

Va para cuatro veranos que los cepedanos llevamos a cabo los ENCUENTROS DE ARTISTAS Y ESCRITORES en diferentes pueblos y también en Astorga, como un deber a nuestras raíces y como un homenaje a nuestros mayores.

La Cepeda es una comarca situada a partir de la misma Astorga hacia el norte, al abrigo de los montes de León con Pozo Fierro (1285 m de altitud), el Manzanal y un poco más lejos, el Teleno, el Irago ...

Cuando sus habitantes todavía se llamaban astures disponían de abundantes bosques de robles y encinas con *urces* y *tuérganos* y en los valles, chopos, *omeros*, sauces, etc. Según dejaron escrito los romanos, aquellos guerreros astures protegían sus pechos con gruesos paños de lino a modo de coraza y eran sus esposas las que cultivaban la tierra. Los invasores y civilizadores explotaron el oro cepedano con la ayuda de los nativos.

Durante siglos, a partir de la repoblación (conde Gatón, año 853 - ver *Historia de la Cepeda* de Augusto Quintana Prieto), dedicaron sus afanes a obtener productos de la tierra aprovechando la riqueza en agua. También cuidaban ganado. Una profesión muy digna y liberal, también solidaria por mor de la calidad de la tierra y el tipo de clima. Verdaderos artesanos, construían sus casas con piedras (en el norte más la losa), con tapial o adobe y las cubrían con paja de centeno; sacrificaban sus animales y los curaban y confeccionaban sus herramientas y sus aperos de labranza. Imprescindible también la "pareja de vacas", la azada, la *tiba* y el carro. Mucho entusiasmo, sacrificio y esperanza. La enseñanza estaba garantizada: tomar nota de los mayores y obedecer. Disponer de la vivienda suponía depender de los padres durante años. Eran necesarios el pajar, las cuadras, el corral y portal, así como la panera y la patatera.

Los cultivos eran variados: lino, centeno, algo de trigo, patatas (llegaron a tener fama), remolachas, legumbres, frutales y hortalizas. También se cultivó el lúpulo en tierras del sur. Y no nos olvidemos de los animales domésticos, siempre necesarios.

El centeno significaba mucho trabajo: demasiados surcos al paso cansino de los bueyes. La siega se realizaba a mano con hoz, después la acarrea y la maja a *porro*. Pero, a pesar de todo, se lograba grano para pienso y masera y la paja se utilizaba en multitud de aplicaciones: incluso se vendía para las fábricas de fundas. Cuando terminaba la maja, ante el *muelo*, el mozo viril lanzaba el grito de la victoria: "QUIÉN MAYÓ, MAYÓ, QUE MI AMO YA ACABÓ, RIU, JU-JÚ".

Por la primavera llenaban el pajar de hierba y por el otoño, la *tinada* de *fuyacos*. Si los cerdos "resultaban", crecían y engordaban y al cabo de trece meses de ceba en casa, podían pesar cerca de veinte arrobas a la hora del

sacrificio. Eso significaba la *priu*, alimento para todo el año: manteca, tocina, jamón, chorizos, costilla. Si se mataba una vaca o un caballo se obtenía una cecina riquísima.

Unidad familiar tradicional y rutinaria. Cada miembro tenía su cometido bien definido: autoridad del padre, peso específico de la madre y los hijos a obedecer. El Estado no entraba en cuestiones del número de hijos (aunque hubo épocas que premiaba a la familia numerosa): eso dependía de las normas y preceptos de la Iglesia católica. Cumplían con la Patria, pagaban los impuestos, agradecían los servicios de la Guardia Civil y exigían demasiado poco. Por su cuenta construían canales, caminos, puentes, la escuela y hasta el pantano (pequeño embalse) de Benamarías.

Los cepedanos y cepedanas, al igual que otras muchas personas de León, no tienen complejos (especialmente de superioridad) y son capaces de convivir y dar amistad a personas de otras latitudes. Disponían y disponen de ordenanzas (Villamariel, 1703), con normas consuetudinarias que les permiten resolver muchísimos problemas comunes a través del Concejo, las Cofradías, las Hacenderas, etc.

Abundaban las familias numerosas que obligaban a repartir lo que había, ayudar al pequeño, al más débil, a la hermandad. Los conflictos siempre terminaban en armonía: era necesario. La comunicación formaba parte fundamental del vivir cotidiano. Gentes austeras en el mejor sentido de la palabra: moderación, respeto, firmeza, valor ante la adversidad. La austeridad bien entendida previene del consumismo, de la glotonería y del abuso de sustancias nocivas que la propaganda te invita a consumir con la vana ilusión de aumentar la felicidad. La persona austera no necesita de medallas ni de halagos; cumple con su obligación y basta.

Debido a las terribles heladas, en la Cepeda no se fian: son prevenidos y ahorradores. De la Cepeda han salido personas de gran valía: poetas, filósofos, eruditos, pintores, misioneros y misioneras, artesanos y hombres de negocios. Cuando los años de la postguerra, valiéndose del azadón, arrancaron los robles a fin de disponer de leña para el fuego y tierra donde sembrar trigo. Acabaron con los capotes a fin de confeccionar zapatillas. Con los productos obtenidos de la tierra y de sus animales salieron adelante.

Muchos jóvenes no asistían a las clases de la escuela en ciertas épocas del año por mor de ayudar a los padres y aprender el oficio desde pequeños. Muchos, ya de mayores, acudían al colegio de Sierra Pambley que tanto bien hizo. A otros muchos los mandaban al Seminario o a conventos. El colegio de la Salle de Astorga cumplió y sigue cumpliendo una labor muy loable, habiendo salido de él prestigiosos profesores cepedanos. Los estudiantes que mandaban los padres a vivir en pa...

cada día, porque lo que daban de racionamiento no daba ni "para un diente". A la patrona se el pagaba (años cuarenta o cincuenta) unas setenta o cien pesetas al mes. Los viajes en RENFE nunca se sabía cuando iban a llegar a su destino. También se abonaba el impuesto llamado del fiolato. En cualquier caso, una vida verdaderamente sacrificada.

Las esposas no disponían de tiempo libre: cuidaban de su numerosa prole; administraban las viandas para que llegaran para todo el año (no tenían dinero para ir de compras); lavaban la ropa a mano en el río; amasaban en el horno de la casa (se comía muchísimo pan); hilaban; cosían y tejían en todos los ratos libres; llevaban la comida a los segadores; ayudaban en la era y en el huerto. Fieles cumplidoras con las normas que daba el párroco y que extendían a sus hijos, rezaban el rosario; compraban las bulas y regañaban al marido si no iba a misa o si se atrevía a censurar al cura: se sentían con más fuerza moral, con más autoridad. Tenían todos los hijos que Dios mandara y aún, en muchos casos, acogían a bebés del Hospicio; no frecuentaban la cantina; no fumaban (cuando el racionamiento no disponían de cartillas para el tabaco) y no acudían a reuniones de hombres, ni siquiera al Concejo. Las viudas tenían derecho a medio quiñón.

Astorga cepedana, lugar de referencia constante

Capital de los astures en la época romana, capital del Obispado, capital del marquesado ... La catedral, el palacio de Gaudí, el seminario, los conventos, el cuartel del Ejército y de la Guardia Civil, la Caja de Reclutas (donde nos tallaban y sorteaban para ir a la mili)... De siempre en Astorga ejercen nuestros valedores y los que nos pueden engañar: los juzgados, abogados y procuradores, el notario y el registrador. También están allí las farmacias, toda clase de tiendas, la feria, las procesiones... En Astorga se celebraba la novena a la Virgen del Castro, donde los cepedanos tenían voz y voto. Astorga tiene murallas, jardín, biblioteca, archivo, museos y buenas pescaderías.

Sueros de Cepeda ha tenido relaciones especiales con Astorga debido a la feria de los lunes, a donde acudían gentes de toda clase: tratantes, carniceros, chocolateros, los de las mantas, tenderos, charlatanes, etc. Hasta el corpulento Riancho acudía con su bombo cargado de obleas o helados. A Sueros acudían los futbolistas (especialmente por los años setenta) y los acompañantes y muchos de ellos se quedaban al baile y se echaban novia.

La Cepeda ha sido zona de paso de peregrinos provenientes de León o de Asturias camino del Cerezal, donde existía un complejo costado por cofradías cepedanas. Otros muchos hospitales y monasterios de la comarca impulsaron la peregrinación a Santiago de

Compostela. Por la Cepeda pasaban las merinas; hacían noche en Madrigal y bebían agua de la fuente del Corro, antes de cruzar el pueblo de Ferreras camino de Babia.

La carretera de Astorga a Pandoradonunca llegó a su destino, con lo que el agravio fue grande para el norte de la comarca, para la Omaña y para la misma Astorga. Hoy es el día que las comunicaciones con el norte son difíciles a pesar de que la orografía no ofrece demasiadas dificultades, pues ese camino de la trashumancia constituye un tramo de la Vía de la Plata: una entrada a Asturias legendaria por el puerto de la Mesta. Los romanos descubrieron ese camino.

El ferrocarril ha dado prestigio y ha contribuido al desarrollo de la comarca, que contaba también con una pajarera, una fábrica de harina y una estación en Vega de Magaz. En el pueblo de Porqueros se elaboró el cemento para la presa del embalse de Villameca. Por Brañuelas se cruzaba el puerto de Manzanal y se cargaba el carbón mineral de la zona.

En el año 1946 el pantano de Villameca empieza a embalsar agua y los riegos en el valle del Tuerto aumentan y con ellos la prosperidad. Los habitantes del pueblo de Oliegos a causa de la construcción de esta presa debieron abandonar su asentamiento y muchos empezaron una vida muy distinta en tierras de Valladolid.

Por el año de 1964 los de Benamariás construyeron otra presa y últimamente, en 1996, concluyeron los trabajos de otro embalse: el de Villagatón, que aún no ha embalsado agua de forma regular: ahora ya no quedan labradores que necesiten de riegos.

Las gentes de la Cepeda comerciaban con lugares del Bierzo, del Órbigo, de las comarcas de La Bañeza... dependiendo de los productos o las mercancías. Incluso iban a León, aunque Astorga era preferido, especialmente los martes en los que se aprovechaba para charlar con amigos de otros pueblos y jugar a las cartas. En Astorga, de hecho, se vendían la mayor parte de los productos: las urces, el carbón vegetal... y era donde se acudía (y se acude) para ir al cine, al teatro, a las tertulias y seminarios culturales, en suma: a enterarse de lo que pasa.

La vida cepedana, durante décadas, transcurrió de forma rutinaria, pero cuando la población aumentó y llegaron los grandes inventos de la actualidad, se produjo la gran emigración. Cuando aparecieron los tractores y las cosechadoras facilitando el trabajo y el rendimiento la juventud se fue. Muchas mozas pobres preferían servir en la ciudad a quedarse trabajando en el campo. A pesar de que las viviendas en el mundo rural son mucho mejores que las de las ciudades, a pesar de que hoy en día no existen las familias numerosas, las mujeres, igual que los hombres, no desean vivir en el pueblo. Los viejos no acertamos a comprender un cambio tan drástico producido en unos cincuenta años a hoy: la tibia, como la mayoría de los aperos, ha quedado anticuada. Pero no sólo se han producido cambios materiales: la mentalidad, las virtudes y la mayor parte de los valores tradicionales que, a nuestro entender siguen siendo válidos. Las escuelas se han cerrado porque no hay niños.

En aquellos tiempos no había coches ni luz eléctrica: sacábamos el agua del pozo con

un garabito, calzábamos galochas y nos tapábamos con el tapabocas. Hoy existe un grifo con agua abundante y potable; las calles están asfaltadas; en la escuela hay calefacción y buenos libros; las calles tienen alcantarillado y luz eléctrica; existe recogida de basuras. Los garndes adelantos están al alcance de todos: coche, televisión, nevera, lavadora... y a pesar de todo ello la gente no quiere vivir en los pueblos donde, además, se respira un aire mucho más limpio.



Mujer leonesa al lado de aperos tradicionales
Dibujo de Pablo Pérez sobre fotografía de F. Krüger (1923).

Antes usábamos muchas palabras del dialecto y nos entendíamos divinamente. Ahora, nos encontramos con estudiantes que usan muchas palabras que no pertenecen ni al dialecto ni al castellano; emplean latiguillos que parecen una provocación; no hablan con propiedad y la comunicación se hace difícil. La gente cepedana podemos presumir de un libro titulado CUENTOS EN DIALECTO LEONÉS, que trata de aquella forma de hablar y de las costumbres de nuestros antepasados: de nuestro patrimonio cultural en suma.

De aquella nos exigían mucha religión: catecismo del padre Astete de memoria e historia sagrada (incluso en la escuela). De niños incluso besábamos la mano a los curas. Ellos extendían los certificados de buena conducta en la postguerra, en unos tiempos de dogmatismo exagerado cuando los anticlericales criticaban en voz baja y cuando, en la Semana Santa y durante unos segundos, el cura nos dejaba gritar desaforadamente y tocar las carracas. En época de carnavales, algunas ceremonias o divertimentos no tenían mucho que ver con los ritos de la Iglesia. Por lo demás, todos los actos sociales, de una forma o de otra, estaban ligados a las ceremonias religiosas.

En la actualidad mucha gente presume de agnóstica, incluso de atea, y algunos se apuntan a sectas. Ya no existen las familias numerosas. Ahora hay problemas de tiempo libre y abundan las consultas a los psiquiatras. Ya ni existe el baile público, ni siquiera en el salón donde se permitía (era obligatorio) ceder pareja (¿hay "premisos"?). Los mozos y las mozas de hoy, al final de cada semana, se van

en sus coches, Dios sabe dónde, y los padres duermen con zozobra hasta que regresan al día siguiente. Lo terrible es que hay jóvenes que se quejan de no divertirse: demasiados decibelios, demasiada luz que parpadea. Se maneja demasiado dinero y se busca la felicidad en el cuerpo. Las madres nos decían: "Hay que buscar trabajo. A casa no os lo van a traer. La ociosidad es madre de todos los vicios". No se puede esperar todo del Estado ni aún con título universitario: luchar, conseguir, da

satisfacciones, categoría y dignidad.

En general los cepedanos hemos contribuido, y seguimos contribuyendo, al engrandecimiento de Astorga. Es cosa nuestra. Nos interesa la cuestión turística; el turismo rural. Indagar sobre los castros, sobre las huellas de los romanos y los monasterios. Nos interesa no dejar perder del todo nuestro patrimonio cultural tradicional porque deseamos dejar huella para los que vengan. Nos interesa también el ecologismo y la naturaleza.

En la Cepeda, este año de 1998, sembraron más de doscientas hectáreas de lino en el monte, lo que nos recuerda un aspecto de nuestra cultura tradicional y nos alegra porque ese experimento puede constituir un revulsivo, una buena esperanza.